



Minero inglés de Yorkshire, grabado de 1814.

ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA ACTIVIDAD MINERA

48

La minería se encuentra ya entre las primeras actividades de la humanidad sedentaria y productora, allá en los pretéritos tiempos del Neolítico. Tras las primeras prácticas artesanales –cestería, cerámica y textil– el hombre neolítico aprendió a fundir mineral de cobre con el fin de fabricar instrumentos útiles para su vida cotidiana. Sin embargo, el metal de cobre resultaba muy endeble para la fabricación de armas e instrumentos de trabajo, así que cuando se descubrió que el cobre mezclado con estaño producía un nuevo metal, el bronce, mucho más fuerte y contundente para esos fines, se impuso la necesidad de conseguir el preciado mineral de estaño viajando por mar a los confines de lo conocido, Galicia e Islas Británicas. Tan fuerte fue el impacto que a la época que se abría con la nueva tecnología metalúrgica se la conoce como la Edad del Bronce (II milenio a. C.), que habría de durar hasta que un nuevo metal, el hierro, se impusiera en Egipto y Oriente Medio, por medio de los hititas, y en Europa, por los dorios en Grecia y los celtas en Europa occidental, a lo largo del primer milenio antes de Cristo. La nueva Edad del Hierro supondría el definitivo triunfo de este metal, más ligero y barato.

Junto a la extracción del mineral de hierro, las civilizaciones de la Antigüedad clásica, Grecia y Roma, se centraron en las minas de oro y plata, para usos monetarios y ornamentales, y en las canteras de mármol, para la construcción y la escultura. El trabajo minero era exclusivamente realizado por esclavos de hombres de gran fortuna, que arrendaban las minas al Estado, propietario por ley del subsuelo.

La Edad Media significó una brutal recesión de las actividades mineras cuando la sociedad se ruralizó y se sustituyó la economía de mercado por una de autoabastecimiento, de manera que el comercio quedó reducido a una ocasional circulación de hierro y sal, procedentes de las pocas minas que malamente sobrevivieron.

El descubrimiento de América y la expansión de Europa en la Edad Moderna significaron una eclosión de la minería. Las ingentes remesas de metales preciosos (oro y plata) traídos de América proporcionaron el auge de la Corona de España y su hegemonía europea, a la vez que el despegue de un capitalismo mercantil. Fue la época dorada de la minería americana, pero también fue el principio de una fuerte activación de la europea, protagonista de un espectacular crecimiento con la revolución industrial iniciada a mediados del siglo XVIII. La revolución tecnológica se basó en la mecanización del trabajo y en el uso del vapor como fuente energética, tanto para la industria (textil y siderúrgica) como para los modernos medios de transporte y locomoción (ferrocarril y navegación a vapor). El hierro, para las máquinas, barcos y locomotoras, y el carbón, para la producción de vapor, hicieron necesarias ingentes inversiones en el sector minero, motor indispensable de la industrialización.

Al mismo tiempo, la continua necesidad de oro provocó una nueva búsqueda de El Dorado, despertándose una verdadera “fiebre del oro” a raíz de su descubrimiento en California en 1848 y que luego se traslada-

ría a otras partes del planeta (Alaska, Sudáfrica y Australia).

La II Revolución Industrial, una verdadera reconversión industrial financiera y empresarial del capitalismo a consecuencia de la crisis de 1873, encaminó sus inversiones a nuevos sectores industriales como los de la metalurgia (cobre, zinc, aluminio) y energéticos, los del petróleo y de la electricidad, que se tradujeron en una revalorización de la minería del cobre (indispensable para la transmisión de la electricidad) y la del carbón (como combustible de las centrales térmicas). Además de los nuevos metales, el hierro –transformado en acero gracias a los altos hornos Bessemer y Siemens– se convirtió en el símbolo de la nueva era (“Era del Hierro”) gracias a sus nuevas funciones en la construcción de edificios y puentes y, también, en la fabricación de armamentos demandados por las políticas agresivas, imperialistas y belicistas de las potencias europeas en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX (guerra franco-prusiana de 1870, dos guerras mundiales...).

La minería siguió siendo, pues, esencial en la economía contemporánea, que continúa abriendo nuevos campos como el de los minerales radiactivos para la industria atómica y que sigue creando en el mundo conflictos armados, como los de la lucha por el control de los yacimientos de diamante en el centro de África, y otros de tipo medioambiental causados por las dañinas prácticas de las empresas mineras y las nuevas tecnologías extractivas.